



Comentarios de Libros

Por

Andrés ANDES

CRONICAS Y CUENTOS DE ENRIQUE BUNSTER

La ausencia del país durante varios años nos había privado del placer de leer algunos libros chilenos de primera categoría, que ahora hemos saboreado y que quisiéramos comentar para nuestros lectores de la "Revista de Marina". Ya hemos dicho en su oportunidad (*) que nos anima sólo el afán de despertar interés por algunas obras que, a nuestro juicio, merecen ser comentadas, sin ninguna pretensión de hacer crítica literaria.

Esta vez nos referiremos a tres obras recientes de Enrique Bunster: "Casa de antigüedades", Editorial del Pacífico, 1972; "Bala en boca", Editorial del Pacífico, 1973; y "Cuentos selectos", Editora Nacional Gabriela Mistral, 1973.

Enrique Bunster ha escrito en las últimas tres décadas una veintena de vo-

lúmenes de los más diferentes géneros, desde dramas —como "Un velero sale del puerto" (1938), estrenado por el Teatro del Pueblo de Buenos Aires— hasta una novela de sátira social y política "Un ángel para Chile" (1959) que ha alcanzado nueve ediciones, verdadero récord para nuestro país. Pero, indudablemente, el fuerte de este prolífico escritor es la historia patria y en especial, sus miniaturas históricas, como él ha bautizado a las sabrosas crónicas en que da a conocer los entretelones de los hechos notables del pasado nacional que descubre en sus pacientes y continuas investigaciones.

Dueño de un estilo ameno inconfundible, Bunster maneja con soltura la anécdota y atrae al lector con el doble imán del entretenimiento y de la tradición. Se diría que usa su agilidad de periodista y su vena poética para enseñar deleitando y que goza con sus es-

(*) "Comentarios de Libros", "Revista de Marina", enero-febrero de 1974.

critos tanto como disfrutamos quienes los leemos "de punta a cabo". Y sería verdad, pero no toda la verdad.

Porque habría que agregar que se dan tres elementos básicos en la obra bunsteriana, muy raros de encontrar en otros autores nacionales: el estudio acucioso de la realidad histórica, el patriotismo de buena ley y el sentido de la tradición naval y náutica.

A través de su largo quehacer literario, Enrique Bunster muestra esas características de buceador en las aguas profundas de la historia patria, de las que extrae las gemas de hechos heroicos poco conocidos o de hazañas ignoradas y las hace relucir con el brillo de su fina y elegante prosa.

El amor a Chile está omnipresente en cada una de sus crónicas, en las que no solamente exalta los valores espirituales de la raza, sino que, cuando es menester, critica abiertamente nuestras fallas, porque le duele Chile como al que más. En ese aspecto y en su afición marinera indiscutida e indiscutible, su labor de toda una vida sólo tiene parangón en nuestro ambiente con la de Salvador Reyes.

Reiteradamente ha incursionado Enrique Bunster en el ambiente naval y náutico. Bastaría citar su magnífico ensayo sobre Lord Cochrane (un estudio con variaciones), (1943), en que hace una semblanza certera y justiciera de nuestro primer Almirante, y su "Operación Vela" (1965), atrayente crónica del viaje del buque-escuela "Esmeralda" en su décimo crucero de instrucción, con que pagó generosamente la cordial hospitalidad que le brindara la Armada Nacional.

En las obras que ahora comentamos, se trasunta una y otra vez ese cariño por la Marina de Chile y por la Marina Mercante Nacional.

Así, en "Casa de antigüedades", que recoge veintitantas crónicas publicadas en "El Mercurio" de Santiago y en la revista "Américas" de Washington, órgano oficial de la OEA, hay unas cuantas dedicadas a enaltecer las proezas de los hombres de mar, chilenos y extranjeros. Por ejemplo, "La blanca ballena

chilena de Melville" desentierra un artículo de J. N. Reynolds, aparecido en 1839, doce años antes de que Herman Melville publicara su célebre novela, y reivindica para nuestras aguas a Moby Dick, que originariamente fuera "Mocha Dick or the white whale of the Pacific". En "Vía Cabo de Hornos" nos relata la odisea del "British Isles", uno de los famosos veleros de la carrera del salitre, que demoró dos meses y once días en doblar el Cabo, en medio de temporales que se sienten a lo vivo en la estremecedora aunque sobria descripción de Enrique Bunster. Finalmente, en "El vapor Matías Cousiño", el autor nos entretiene y nos instruye contándonos las aventuras del célebre buque carbonero, puesto a disposición del Gobierno—junto con todo el carbón necesario—por la buenamoza y acaudalada doña Isidora Goyenechea de Cousiño al estallar la guerra del 79 y hundido en 1928, a raíz de una colisión, después de 70 años de servicios, cuando había sido rebautizado "Quintero".

Pero, más allá de las crónicas marineras propiamente tales, prácticamente la mayoría de las que componen ese libro contienen alguna referencia a la tradición naval y naviera de Chile. En "Aventura de la goleta Pomaré en Oceanía", que reseña las desventuras de un comerciante porteño-holandés dedicado a la pesca de perlas en el archipiélago de Tuamotú, y en "Desastre del señor Bezanilla en Australia", para no citar sino dos de esos artículos, hace un recuento de la época de oro de nuestra Marina Mercante, cuando cientos de pequeñas embarcaciones, al amparo de la bandera tricolor iluminada por una estrella, surcaban el Mar de los Chilenos, comerciando entre el puerto lindo de Valparaíso y las más remotas islas del Pacífico Sur, Sydney, Calcuta o San Francisco de California. "Eran los tiempos en que el peso chileno corría en Australia y Samoa con el nombre de "chilean dollar" y en Tahiti con el de "te moni manu" (la moneda del pájaro)... Signos de un naciente imperialismo económico que iba a frustrarse por efectos de la guerra con España, del desarrollo avasallador

de los Estados Unidos y de la propia Australia y de la apertura del Canal de Panamá".

También Enrique Bunster se refiere a la importancia del mar en dos de los cuatro excelentes artículos que dedica, con admiración, con cariño y con valentía, a don Diego Portales. Vale la pena reproducir el siguiente párrafo de "Portales gobernando" y recordar que el libro en que aparece fue publicado en agosto de 1972:

"¿A dónde va un pueblo que sepultó en el olvido al constructor de la República, a quien hizo de Chile la primera nación verdaderamente civilizada de América del Sur? El obelisco que recuerda su martirio en Valparaíso es de una insignificancia que da vergüenza. Ningún regimiento ni buque de guerra lleva el nombre del que cubrió de laureles a la Marina y el Ejército (*). En la capital se le recuerda en una deprimente calleja del barrio bajo. Es común oírle llamar pelucón y dictador, justo lo que nunca fue. Y el broche de oro se lo debemos al ilustre gobierno del señor Salvador Allende, que permitió que al Liceo Diego Portales le cambiaran su nombre por el de Ernesto Che Guevara".

El otro libro de crónicas, "Bala en boca", contiene treinta y tantas miniaturas históricas, de las cuales apenas si una tercera parte obedece al título de la obra. Se trata de los relatos "Chilenos contra Napoleón", que se refiere a la actuación de don José Miguel Carrera y del almirante Blanco Encalada en España durante la invasión de Bonaparte; "Zarpa la Expedición Libertadora del Perú"; "Las cantineras del Ejército"; "Dardignac, o la vida de un militar"; "Todo un militar: don Pedro Lagos"; "Fusiles al hombro", que narra las peripecias de Arturo Benavides Santos, un estudiante de quince años que abandonó el colegio para enrolarse como voluntario en el Regimiento Lautaro, a comienzos de la Guerra del Pacífico y escribió después sus memorias de combatiente en "Seis años de vacaciones";

"Los que iban a la guerra", que da cuenta de algunos testimonios vivos de protagonistas de la conflagración con Perú y Bolivia, como Hipólito Gutiérrez, campesino de Nuble que escribió "Crónicas de un soldado de la Guerra del Pacífico" o Alberto del Solar, subterfugio voluntario, autor de "Diario de Campaña"; "La guerra a mano limpia", que cuenta y canta las ignoradas e increíbles acciones de tres civiles que aportaron su ciencia y su valentía al triunfo de nuestras armas en ese conflicto: los ingenieros Juan Agustín Cabrera y Federico Stuen y el legendario Arturo Villarroel, especialista en explosivos que hizo célebre su seudónimo de General Dinamita.

La otra veintena de relatos, "ná que ver" —como dicen los jóvenes de hoy día— con el olor a pólvora. Por cierto que no decimos esto para restar mérito a las interesantes y sabrosas anécdotas que componen el resto del libro, sino para señalar que aún Enrique Bunster, experto en bautismo de libros, se equivoca en darle nombre a alguno de sus hijos literarios. Aunque, en realidad, el nombre —"Bala en boca"— es tan atrayente, eufónico y decidor como "Aroma de Polinesia", "la Orana Tahiti" u "Operación Vela". Lo malo es que la mayoría de su contenido no corresponde a acciones bélicas. Más bien podría haberse llamado "Chilenazos de ayer y de hoy", porque se trata de biografías a grandes rasgos o de pinceladas maestras acerca de personajes de alto relieve en la vida nacional, como don Diego Barros Arana, don Aníbal Pinto y el Presidente Balmaceda, de comentarios incisivos sobre "Los ingleses de América del Sur" o de imágenes bien logradas de Joaquín Edwards Bello, don Eliodoro Yáñez, Benjamín Subercaseaux, Federico Vergara, el general Ramón Cañas Montalva y Alejo Williamson, el planeador que voló desde Santiago a Mendoza.

Por último, "Cuentos selectos" reproduce tres tipos de narraciones imaginativas: Cuentos de Polinesia (1954), Cuentos de Chile (1958-68) y Cuentos del mundo (1968-70). Para nuestro gusto, la primera parte es la que mejor

(*) Actualmente se ha puesto el nombre de "Portales" a un destructor recientemente adquirido. (Nota de la Dirección).

muestra "el ángel" de este autor que sabe entremezclar el ingenio, el humor y el suspenso y dar a sus relatos ese toque de sencilla realidad, de cabal verosimilitud, que sólo se consigue en fuerza de ser, a la vez, natural y laborioso, espontáneo e infatigable. Es decir, de tener oficio y de ejercerlo.

Podríamos recomendar tal o cual de esos cuentos, como "El hombre del caballo verde", que recuerda las vicisitudes de Gauguin en Tahiti; "Flor tahitiana", que pinta certeramente el espíritu polinésico, a través de las extrañas reacciones de Hinano, "vahine" de rara belleza; "Arrecife de coral", verdadero poema en prosa que ensalza la notable empresa del nacimiento de un cocotal y la maravillosa versatilidad de las palmeras; o "El pastor y el pagano", desconcertante experiencia con el contramisionero de Rurutú. Pero es preferible dejar a nuestros lectores el placer de imponerse personalmente de todos los

cuentos de ese entretenido volumen y de sacar sus propias conclusiones, que pueda ser no difieran de las nuestras.

Sólo quisiéramos agregar que si hubiera en Chile —como en otros países— una condecoración al Mérito Naval destinada a premiar los servicios distinguidos que los hombres de letras prestan a la Marina, Enrique Bunster encabezaría, por derecho propio, la breve y honrosa lista de honor.

Y a propósito, ojalá que este fino escritor y periodista —a quien nos atreveríamos a calificar de moderno trovador ("encontrador de hallazgos", etimológicamente) y de Relacionador Público de la Historia de Chile— no tenga que esperar hasta encontrarse en artículo de muerte o en el veril peligroso de la miseria económica, para recibir el Premio Nacional de Literatura, como ha acontecido, desafortunadamente, más de una vez en el pasado.

